

ción, y después de haber admirado tanta humildad, tanta obediencia, amor á Dios y al prójimo, preparémonos á ver mayores maravillas, un triunfo más completo aún de la gracia sobre la naturaleza, una más inefable consumación de las almas en Dios.



## CAPÍTULO XXV

Peste general en Francia y en Saboya.—Estado de los monasterios durante la peste.

1628—1631

**N**UNCA brilló con más esplendor el admirable imperio de la gracia y la maravillosa transformación de las almas que toscamente acabamos de pintar, que durante la terrible y espantosa peste que invadió la Francia, la Saboya, el Piamonte, la Italia y el mundo entero, hacia el fin del año 1628, haciendo tan horribles estragos durante los años 1629, 1630 y 1631.

Los azotes que tantos estragos han hecho en el siglo XIX, no pueden darnos una idea de lo que era entonces una peste. El poco aseo de las ciudades, la nulidad de los socorros del arte, la falta de una policía regular capaz de poner un poco de orden en medio de tanta confusión, el carácter contagioso de la enfermedad, que se creía aún más contagioso, todo contribuía á que se aumentase la mortandad, el espanto y la desesperación. En presencia de una enfermedad que se comunicaba por el tacto, que el apestado infundía con su aliento y que impregnaba en todo cuanto le había servido, no había quien quisiera ver á nadie ni tocar á nada. Los mismos comestibles eran sospechosos, las relaciones más queridas se interrumpían y cesaban. A la primera

aparición del azote eran abandonadas las ciudades, quedando desiertas meses enteros; de modo que crecía la yerba en las calles, donde sólo se veían grandes bandadas de lobos, atraídos por el olor de los cadáveres que yacían en ellas insepultos. Los mismos labradores abandonaban los campos y dejaban el azadón. Un año de peste traía un año de hambre; y éste á su vez volvía á traer la peste, círculo mortífero, en el cual se rodó mucho tiempo.

¿Qué sucedía entonces á los monasterios de la Visitación? Eran los únicos que quedaban habitados en las ciudades abandonadas, privados de remedios, de alimentos, de médicos y aun de confesores, los cuales eran arrebatados por el azote, libres algunas veces del contagio, atacados las más, y siempre y en todos los casos teatro de la mayor abnegación y del valor más heroico.

Uno de los primeros monasterios amenazados por la peste fué el de Autun, que gobernaba la Madre de Chastelluz. Apenas apareció el azote, reunió el capítulo y propuso á las Hermanas usar de la libertad concedida por el concilio de Trento, es decir, de salir del convento y retirarse todas juntas al campo á un castillo situado en buen punto y muy sano, que la señora de Roussillon, su hermana, les ofrecía y ponía á su disposición. Pero apenas acabó de decir esto, cuando todas las Hermanas protestaron á una voz que no querían quebrantar su santa clausura; que no temían peste ninguna, sino la del alma; y abrazándose unas á otras se prometieron cuidarse mutuamente hasta morir. La Madre de Chantal, arrebatada de gozo al saber este acto heroico de virtud, las escribió para felicitarlas una carta, que se ha conservado hasta estos últimos tiempos como un tesoro (1).

En Moulins apareció la peste casi al mismo tiempo,

(1) *Fundación inédita de Autun*, pág. 239.

pero con tal violencia, que al cabo de cuatro ó cinco días sólo quedaron en la ciudad algunos pobres, que desafiaban el azote para saquear las casas desiertas y á los enfermos que no habían podido huir. El buen Sr. Coudre, confesor del monasterio, que se había quedado animosamente en su puesto, murió santamente uno de los primeros. Su última bendición y postrera oración fueron para sus queridas Hijas. Les rogó desde su lecho de muerte que se mantuviesen tranquilas, en paz, y no tuviesen miedo; «y tanto más—decía—cuanto que había rogado á la Santísima Virgen, su Señora y su Princesa, que no permitiese que los que asistiesen á su siervo y esclavo fuesen atacados del mal, y especialmente á sus queridas Hijas, á quienes había consagrado sus pequeños servicios.» Alentadas por esta voz tan santa, las religiosas estuvieron ocho meses enteros en medio de los muertos y los moribundos, abandonadas de todo el mundo, y privadas aun de los socorros espirituales. Unicamente un buen religioso que se quedó todavía en la ciudad, y cuya ocupación era pasar todo el día sirviendo á los apestados, mandaba á decir de cuando en cuando á las Hermanas que orasen mucho por sus pobres enfermos, y que continuasen sin miedo; «que todos los días llevando á su Señor, es decir, al Santísimo Sacramento, en las manos y sobre su pecho, cuando iba á administrar á los enfermos, daba una vuelta alrededor de las paredes de clausura de sus queridas esposas, para que no permitiese que entrase la enfermedad en el dulce cercado de aquellas felices y voluntarias prisioneras; y que nunca hacía esta pequeña procesión sin una tierna confianza de que el Señor las preservaría; y que se lo advertía como buen hermano, para que redoblasen sus oraciones y súplicas á su adorable Maestro y Señor» (1).

(1) *Fundación inédita de Moulins*, pág. 79.

De Autun y Moulins corrió la peste rápidamente á Paray. Al día siguiente de aparecer el mal fué abandonada la ciudad, no quedando en ella más que las Hermanas, y unas cuarenta familias pobres, el confesor del monasterio y el cura párroco, joven sacerdote que acababa de llegar hacía muy pocos días, y que no quiso abandonar á los pocos fieles que habían quedado en su parroquia. Casi al mismo tiempo que empezó la peste en la ciudad, entró en el monasterio. La Hermana Claudia Antonia fué atacada la primera, saliéndola tres grandes tumores en la rodilla. Lleváronla apresuradamente á lo último del jardín á una pequeña choza de follaje construída para las apestadas; y como todas las Hermanas pedían ardientemente la gracia de ir á exponer su vida por cuidarla, se echaron suertes, y la Hermana Juana Catalina Vivián fué la agraciada. Toda la Comunidad la abrazó tiernamente, felicitándola por su dicha y fortuna, y ésta, más contenta que todas, habiendo recibido la bendición de la Superiora, fué á encerrarse con su querida enferma. El cirujano que asistía ordinariamente á la Comunidad se había marchado al campo, y con gran trabajo y á fuerza de ruegos, se pudo conseguir que viniese hasta los fosos, fuera de la ciudad, desde donde podía oír á la Superiora, que le hablaría por una ventanita enrejada de la torre. La consulta fué muy corta: el cirujano dijo á voces, que si no se sangraba á la Hermana moriría infaliblemente, y habiendo ordenado algunas pequeñeces, se retiró más que á paso, temiendo respirar el aire infecto de la ciudad. Era imposible pensar en que quisiese nadie entrar para sangrar á la hermana, y no se trató de ello. Felizmente, por la tarde, «se acercó á los fosos un joven determinado, y dijo á gritos que él haría todo por dinero, y se encargaría de sangrar á la enferma, pero que le habían de dar cien escudos, que no sabían las Hermanas de dónde sacar.» Por último, se convinieron

en cien francos. Entró, hizo la sangría, enseñó á las Hermanas á sangrar por sí mismas, á quemar algunos perfumes y preparar ciertos remedios; socorros bien insuficientes, pero los únicos que habían de tener durante el largo período de la epidemia (1).

Las Hermanas de Montferrand, en donde la peste se declaró casi al mismo tiempo, hubieran querido seguir el ejemplo de la Visitación de Moulins y de Autun, y á la primera idea de contagio se reunieron en capítulo, prometiendo cuidarse recíprocamente hasta la muerte, sin abandonar nunca la santa clausura. Pero cuando se supieron los estragos que la peste hacía en Paray, el Superior de Montferrand no quiso oír hablar de este proyecto, y fué á intimarlas la orden de marcharse al instante á San Flour, en donde sus Hermanas de la Visitación las ofrecían un asilo. Fácil es imaginarse lo que sería el viaje. En una época en que todas las religiosas eran claustradas, y en que se hubiera podido recorrer todo el reino sin encontrar en calles ni caminos un solo traje monástico, el ver á toda una Comunidad viajando á caballo y en malos carros, reunidos apresuradamente y procedentes de una ciudad en que estaba la peste, excitó un pánico general. Las casas se cerraban á su paso, las aldeas ponían barricadas cuando se acercaban, y desde el segundo día fué preciso dormir en medio de los bosques y en las chozas de los carboneros, porque en ningún pueblo ni aldea querían dejarlas entrar. Mucho peor fué al llegar á San Flour. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, y temiendo el pueblo que las religiosas llevasen la peste, se había reunido en la plaza en una actitud amenazadora. No se sabe lo que habría sucedido si las Hermanas no se hubieran detenido prudentemente antes de entrar en los arrabales, ni dónde hubiesen pasado la noche, si el

(1) *Fundación inédita de Paray*, pág. 283.

Ilmo. Sr. Obispo no hubiera puesto á su disposición su casa de campo, situada á dos ó tres leguas de la ciudad, en donde hicieron cuarentena. Después, viendo el pueblo que estaban buenas y sanas, las dejó entrar en el monasterio, en el que se las esperaba con ansia, y en donde estuvieron reunidas las dos Comunidades por espacio de siete meses, con una paz y concordia, que hasta hoy dura el recuerdo de aquella feliz reunión (1).

Mientras tanto, la peste, que se desarrollaba poco á poco en Francia hacia algunos meses, y que aún no se había manifestado sino en algunos puntos, creció de pronto, y extendió sus estragos á todas partes. Calores fuertes y prematuros, una sequía pertinaz que agotó todos los pozos, un aire pesado y ardiente que oprimía el pecho, en una palabra, todo pareció que se juntaba para aumentar la mortandad. En Lyon, Valence y Grenoble, en Aix, Crest y Cremieux, estalló la peste casi al mismo tiempo, terrible y asoladora, destruyendo poblaciones enteras. La marcha del azote era incomprendible, y desconcertando todos los cálculos, aumentaba el espanto. En Lyon, por ejemplo, había dos monasterios de la Visitación, situado el uno en Bellecour, en la parte baja de la ciudad, entre el Ródano y el Saona, y, por decirlo así, en medio de las aguas; y colocado el otro sobre la montaña de Fourvieres, en la Antigualla, en una posición más saludable. El primero no fué atacado en todo el tiempo que duró la peste. En el segundo se encarnizó el mal, digámoslo así, de tal modo y con tal furor, que la mitad de las Hermanas perecieron en los primeros días. «¡Ay! ¡Ay de mí, Madre mía!—escribía la Madre Superiora á la santa Madre de Chantal.—¿Qué os diré de nuestra pobre casa? De veintidós Hermanas que éramos, siete han muerto ya! Y ¡qué Hermanas! Eran perlas de virtud.» La Hermana asistente María

(1) *Fundación inédita de Montferrand*, pág. 140.

Jacobina de L'Etang, herida la primera, murió en olor de santidad. «No creo—continúa la Superiora—que pueda encontrarse un corazón más religioso que el suyo, ni más desasido de las cosas de la tierra. No se le ha visto en toda su enfermedad un solo acto de resistencia, y decía que si la obediencia la hubiese mandado tragar una barra de hierro ardiendo, al momento hubiera tratado de hacerlo.» La que fué atacada la segunda no era más que una humilde Hermana tornera, llamada Juana; dejó, no obstante, recuerdos aún más vivos. Su vida podría llamarse una pequeña maravilla. Nacida de padres muy pobres, y tan ignorantes que ni aun la enseñaron quién es Dios, cuando estaba sola en el campo ocupada en guardar su rebaño, se ponía á meditar y se preguntaba quién habría hecho la tierra, las flores, los árboles, el sol, la noche y el día, concluyendo por responderse que era preciso fuese un ser muy grande y elevado. Llena de este profundo pensamiento, se ponía de rodillas y decía: «Cualquiera que vos seáis, bien mereceréis ser amado, pues habéis hecho el cielo, la tierra, y á mí también.» Tres años enteros estuvo así, adorando al Dios que no conocía, y considerando sus obras. Al cabo de este tiempo, oyó por casualidad hablar de la Santísima Virgen, y supo que era la Madre de Dios. De pregunta en pregunta fué aprendiendo todos los misterios de la religión, y encantada de lo que sabía, al par que afligida por haberlo ignorado tanto tiempo, no soñaba ni deseaba más que una soledad más profunda, para no pensar sino en estas maravillas de amor. Dos años hacía que estaba en el segundo monasterio de Lyon, avanzando á paso de gigante en la verdadera virtud, cuando hiriéndola la peste, voló felicísimamente á la eternidad. Otras cinco Hermanas siguieron á éstas en el espacio de algunos días, lo cual excitó en todas una santa y fervorosa emulación, porque pensando verse acometidas del mal de un momento á otro, procuraban á porfía hacer caudal

de virtudes, para ir á la presencia de su Esposo. El primer monasterio de Lyon, hasta entonces sano y salvo, habiendo sabido el triste estado en que se hallaba el de la Antigualla, mostró una caridad heroica. A instancias de la Madre de Blonay, que entonces estaba de puesta, escribió la Madre de Cremeaux, Superiora, á las Hermanas del monasterio de la Antigualla, suplicándolas le enviasen aquellas que hubieran sido atacadas de la peste, ofreciendo servir las y cuidarlas hasta la muerte. Esta admirable proposición no fué aceptada, pero creciendo el mal, y siendo tales los estragos que hacía que no quedaba otro remedio que desalojar la casa, la Madre de Blonay escribió de nuevo á las Hermanas de la Antigualla, para rogarlas viniesen al monasterio de Bellecour, donde serían recibidas con la mayor alegría. Las religiosas dudaron aún muchos días, pero como había cadáveres tendidos alrededor del monasterio y hasta en las puertas, con lo cual el aire se corrompía cada día más, en términos que ya no había una sola religiosa que no estuviese enferma ó incapaz de cuidar á las demás, se decidieron, por último, á responder á la Madre de Blonay aceptando su oferta. Salieron, pues, á pie, con su velo echado, y atravesaron rezando la ciudad desierta. Tal era el número de muertos insepultos que se encontraban en las calles, que una Hermana se cayó encima de un cadáver que había en medio de la calle que atravesaban. Fueron recibidas con los brazos abiertos por las Hermanas de Bellecour, que olvidando salían de su casa infestada, y que habían visto y tocado cuerpos muertos, las abrazaron con admirable cordialidad y las llevaron al coro, donde se creyeron felices oyendo que las voces de las recién venidas se confundían con las suyas en un mismo cántico. Por lo demás, Dios bendijo la caridad de las Hermanas de Bellecour, y durante los cuatro meses que las dos comunidades estuvieron reunidas, no hubo ni una sola víc-

tima, aunque la peste continuaba haciendo espantosos estragos en la ciudad (1).

De Lyon pasó rápidamente la peste á Valence, en cuyo punto se desarrolló «con una especie *de rabia*,» pero en donde la caridad de una Hermana la detuvo repentinamente. Ya había entrado el mal en el monasterio, y doce ó quince Hermanas sentían el malestar, precursor cierto del contagio, cuando una de las más fervorosas, la Hermana María Constanza Orlendin, se fué á la capilla y se ofreció á Dios para morir, rogándole se contentase con su vida y salvase al monasterio. Su oración fué escuchada: «el mismo día la atacaron muchas clases de enfermedades, que la acabaron muy pronto. Murió muy contenta—decía—de dar su vida por sus queridas Hermanas; y el mal, en efecto, no pasó adelante» (2).

Una cosa semejante sucedió en Grenoble, pero la que ofreció su vida por sus Hermanas, no pagó felizmente con su muerte el sacrificio heroico que había hecho de su existencia. Era la Madre de Beaumont. Viendo que la peste diezaba la ciudad, y que el monasterio corría el mayor peligro, porque habían establecido á su puerta un hospital provisional, llenándose el convento de un humo espeso y malsano cuando quemaban los vestidos de los apestados, se ofreció á Dios para morir en lugar de sus Hijas, y redactó en estos términos el acta de su sacrificio: «Dios mío, no teniendo por vuestra gracia otra voluntad que la vuestra, vengo á ofrecerme á Vos, Criador mío, para morir de la peste, y pagar yo sola, como la más criminal, lo que vuestra justicia quisiera exigir de la comunidad que me habéis encargado. Os doy y abandono mi corazón, mi cuerpo, mi alma y mi espíritu. Sí, querido amor mío, quiero y

(1) *Fundación inédita de Lyon*, pág. 33.

(2) *Fundación inédita de Valence*, pág. 167.

protesto que todas las palpitations de mi corazón, los pensamientos de mi espíritu y los movimientos de mi cuerpo sean renovaciones perpetuas y actuales de esta mi voluntad, á fin de que toda mi persona sea sacrificada á gloria de vuestro servicio... en unión de todos los sacrificios que Nuestro Señor Jesucristo hizo á su Eterno Padre para la salvación de todas las criaturas, entre las que me reconozco la más indigna.» Dios recibió agradablemente este holocausto, y el azote no entró en el monasterio (1).

En Nevers, la Madre Francisca Jacobina de Mussy, á quien ya conocemos, mostró durante la peste un gran valor y una prudencia admirable. Acordándose de lo que dice la regla, que la Superiora debe servir á las enfermas con sus propias manos, y de lo que aún más alto enseña el Evangelio cuando dice que el buen Pastor da su vida por sus ovejas, resolvió encerrarse en el fondo del jardín, en las pequeñas chozas de ramaje adonde se llevaba á las Hermanas atacadas de la peste; pero la Comunidad no lo permitió jamás. Obligada de este modo á permanecer lejos del peligro, se dedicó á mantener entre todas sus Hijas la alegría, el fervor y el santo deseo de la muerte, que son los mejores preservativos contra la peste. Lo logró completamente, pues las Hermanas, viéndose al borde del sepulcro, rezaban muchas veces al día las oraciones con que la Iglesia consuela y fortifica á los muribundos; y encontraban tan dulce consuelo esperando la venida del Esposo, que todas tenían por las más felices á las que venía á buscar las primeras. Entonces brilló en su mayor esplendor la unión que existía entre todos los monasterios de la Visitación. Cada día recibían las Hermnas de Nevers gran número de cartas de las Hermanas de todos los monasterios, que les enviaban dinero, remedios y mil ofertas de ser-

(1) *Vidas de varias Seperioras*, pág. 98.

vicios de toda clase. Reunieron más de doscientas de estas cartas, que copiaron con cuidado, formando un libro para que sirviese de eterno recuerdo de la caridad y unión que San Francisco de Sales había dejado tan recomendada, y que se practicaba tan tierna y exactamente.

A Cremieux llevaron la peste los mendigos vagabundos, y al momento familias enteras fueron atacadas, sucumbiendo víctimas de males extraños, acompañados de síntomas desconocidos. Aún se dudaba de que fuera la peste, ó más bien, como sucede siempre en tales casos, no se quería creer en esta calamidad, cuando un día, después de una gran reunión, cuyos detalles callan las crónicas, fueron tantos los muertos que obstruían las calles, que ya no fué posible cerrar los ojos á la triste realidad. Por desgracia, las torneras de la Visitación se encontraron entre el gentío, y en la misma tarde le salieron á una de ellas tres grandes tumores. La hicieron bajar apresuradamente por la ventana, por medio de una escala, y se le arregló en lo bajo de la cerca una cabaña, adonde se fué con ella la Hermana Francisca Agustina Pelet, que se dedicó á servirla. Como la enferma era joven y robusta, tuvo durante tres días y tres noches un acceso de furia y un delirio terrible, y al cabo de este tiempo, próxima ya á la muerte, se tranquilizó un poco, volvió en sí, y pudo hacer con valor y resignación su sacrificio. La misma tarde que esta buena tornera se sintió enferma y le salieron los tumores, había limpiado y mondado las legumbres y verdura de la cena, lo que puso á la Comunidad en tal peligro, que al saber el médico esta circunstancia fué á decir á las Hermanas que inmediatamente abrieran hoyos para enterrar á todas. Felizmente era Superiora la Madre María Ana Rosset, y en el momento llevó á todas sus Hijas á la capilla, y fortificó su ánimo con una de aquellas ardientes oraciones cuyo secreto conocía